

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XII.- EL PARALÍTICO: SENTIRSE PERDONADO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (*Deus caritas est*, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer cananea. Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación en la noche, como vimos que le ocurrió a Nicodemo.

También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al endemoniado de Gerasa; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la viuda de Naín; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la mujer pecadora. Incluso el encuentro es posible también para quien “oficialmente” es un enemigo, como el centurión romano, pero que en realidad es un auténtico testigo de fe.

El encuentro con el Señor es posible aun estando en medio de una tempestad, en medio de los contratiempos, incluso de los más graves problemas y situaciones que puedan aquejarnos en lo personal o en lo social.

También hemos visto que hay algo necesario para encontrarnos con el Señor: y es desear conocerle, como los griegos que se dirigieron al Apóstol Felipe porque querían ver a Jesús. Y también hay que tener en cuenta que el encuentro con el Señor a lo mejor no responde a nuestras expectativas; más aún, nos puede incluso escandalizar.

Hoy veremos que en el encuentro con el Señor a veces también deberemos asumir una actitud creativa, valiente, sin miedo al qué dirán.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Qué hago para facilitar mi encuentro con el Señor? ¿Qué no estoy dispuesto a hacer?

JUZGAR – Mc 2, 1-12:

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?». Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decir al paralítico "tus pecados te son perdonados", o decir "levántate, coge la camilla y echa a andar"? Pues, para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —dice al paralítico—: "Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa"».

Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual».

NUESTRAS PARÁLISIS:

El relato evangélico de Marcos destaca la fe de los que conducen al paralítico ante Jesús, pero no se nos dice apenas nada del enfermo, y conviene profundizar en su actitud interior. El paralítico es un hombre paralizado físicamente y bloqueado interiormente, es un hombre hundido en la pasividad.

No puede moverse por sí mismo, no habla ni dice nada, se deja llevar por los demás. Vive atado a su camilla, paralizado físicamente por su enfermedad y, como veremos, también paralizado espiritualmente.

Son muchas las parálisis de nuestra vida, tanto físicas como espirituales. Y una de las parálisis espirituales más graves es no creer que Dios es Amor. Muchos, incluso “católicos de toda la vida”, no se atreven a pensar que Dios no puede hacer otra cosa que amarnos.

Nuestra imagen de Dios se debe en buena parte a la experiencia que hemos tenido del amor de nuestros padres. Y lo cierto es que casi todos los hijos e hijas captan que el amor de sus padres, aun siendo muy grande, hay que “merecerlo”, porque parece que los padres quieren más al hijo o a la hija si se porta bien y obedece. Por tanto, pensamos que, si Dios es Padre, no será muy diferente: nos ama, pero a condición de que nos portemos bien con Él.

Y también atribuimos a Dios nuestra forma de vivir las relaciones humanas. Como nosotros reaccionamos de distinta manera antes las personas, según respondan o no a nuestros deseos y expectativas, creemos que también Dios hace lo mismo, y nos ama cuando le agradamos y nos rechaza cuando le desagradamos.

Tal como nos ocurre a nosotros cuando tenemos problemas con alguien, nos imaginamos a Dios resentido por nuestras faltas, airados ante nuestros pecados, un Dios que sólo nos perdona si previamente hacemos algo para merecerlo. Sin darnos cuenta hacemos de Dios un ser semejante a nosotros, pequeño y mezquino, que sólo sabe amarnos si respondemos a sus deseos.

No podemos entender que Dios siga amando sin límites a quien lo está rechazando. No nos atrevemos a creer de verdad que Dios es realmente amor insondable e incomprensible, amor gratuito e incondicional. Y como no nos lo creemos, eso nos paraliza.

Otro factor que influye en la parálisis espiritual es la propia autoestima. Son bastantes los que viven descontentos de sí mismos, sin aceptarse ni, menos aún, amarse tal como son, y quedan paralizados pensando: “Nunca cambiaré, lo mío no tiene remedio”. Cuando una persona no se quiere a sí misma, difícilmente va a creer que Dios la pueda amar tal como es. Si no se acepta a sí misma con amor, no creerá que es aceptada por Él. Cuando se sienta culpable, Dios se le presentará no como un Padre amoroso, sino como un Juez severo. Y eso también nos paraliza.

Con la curación del paralítico, Jesús nos muestra que no necesitamos autocondenarnos para que Él nos acoja, y que tampoco es bueno hundirnos por nuestras debilidades o rebelarnos por nuestros defectos. No es esto lo que más nos acerca a Dios, sino la comprensión y la compasión con nosotros mismos y con nuestra debilidad. Sólo mirándome con piedad y misericordia, como me mira Dios, sólo acogiéndome como Él me acoge, podré encontrarme con Él y entonces mi vida podrá renovarse y cambiar.

Para la reflexión:

- ¿Cuáles son mis parálisis espirituales? ¿Y las parálisis que no dejan caminar a nuestro mundo?
- ¿Creo que Dios nos ama cuando le agradamos y nos rechaza cuando le desagradamos? ¿Creo que sólo nos perdona si hacemos algo para merecerlo?
- Son bastantes los que viven descontentos de sí mismos, sin aceptarse ni, menos aún, amarse tal como son, y quedan paralizados pensando: “Nunca cambiaré, lo mío no tiene remedio”. ¿Pertenezco a este grupo? ¿Por qué?
- Sólo mirándome con piedad y misericordia, como me mira Dios, sólo acogiéndome como Él me acoge, podré encontrarme con Él y entonces mi vida podrá renovarse y cambiar. ¿Soy capaz de mirarme a mí mismo como Dios me mira? ¿Por qué?

LOS AMIGOS Y LOS ESCRIBAS:

Pero el paralítico, a pesar de todo, no estaba totalmente paralizado: supo dejarse llevar por sus **amigos**, algo que también nos cuesta mucho a nosotros. A menudo vivimos atrapados en la creencia de que necesitamos demostrar a los demás e incluso a nosotros mismos que somos autosuficientes, que podemos nosotros solos con todo. Pero lo cierto es que necesitamos mucha ayuda: mucha del Señor, que en gran medida nos llega a través de los amigos.

Al paralítico, cuatro amigos que lo quieren de verdad se movilizan para acercarlo a Jesús. No se detienen ante ningún obstáculo hasta que consiguen llevarlo para que se encuentre con Jesús. Saben que Jesús puede ser el comienzo de una vida nueva para su amigo.

Gracias a los amigos, el paralítico pudo encontrarse con Jesús. Hemos reflexionado acerca de nuestras parálisis, lo que nos tiene atenazados, en la necesidad de ponernos ante el Señor para que las cure... Y ahora vamos a reflexionar acerca de cuántas veces tienen que ser los amigos los que nos confronten con esas parálisis, porque por nosotros mismos somos incapaces, nos vemos bloqueados, paralizados, incapaces de seguir adelante.

Y a menudo sólo gracias al esfuerzo de éstos que nos quieren bien podemos superar lo que nos deja anquilosados y lanzar lejos nuestra camilla y echar a andar otra vez. Y también los amigos, muchas veces, son los que hacen posible que nos encontremos con Jesús.

En ocasiones quizás incluso nos puede parecer que lo hacen demasiado “a lo bruto”, que podrían decirnos las cosas de otra manera o buscar un momento más adecuado o el gesto más oportuno... Quizás también los amigos que llevaban al paralítico podían haber pedido permiso para pasar entre la gente en lugar de destrozar el techo de la casa y montar semejante numerito... Pero lo cierto es que consiguieron su objetivo: el encuentro de su amigo con Jesús y su curación.

Y en muchas ocasiones, también nuestros amigos consiguen, aunque sea con un bofetón verbal, sacarnos de nuestras parálisis. Por eso, haríamos bien en recordar que sólo haciendo el esfuerzo de tragarnos nuestros orgullos, vergüenzas, etc., podremos de verdad obtener la ayuda necesaria para llegar al que de verdad puede sacarnos de nuestras parálisis.

Pero también encontramos la otra cara de la moneda: junto a los amigos, se nos dice que había allí unos **escribas**. Son los que lo saben todo acerca de Dios y, por eso, se sienten maestros y jueces. No piensan en la alegría del paralítico ni aprecian los esfuerzos de quienes lo han traído hasta Jesús. Para ellos lo único que cuenta es la aparente blasfemia.

Hoy también tenemos “escribas” a nuestro alrededor, personas “de iglesia” que no sólo no van a facilitar nuestro encuentro con el Señor, es que incluso lo van a impedir porque han encerrado a Dios en sus propios esquemas y así lo transmiten a los demás. No aceptan que “se abra el techo” de sus principios.

Pero también en nosotros mismos podemos encontrar a un escriba. Un primer dato indicador se produce cuando no dejamos que nos “abran el techo” de nuestros esquemas y valores. Nuestra vida está bien organizada, cada cosa en su sitio, y esto es bueno; el problema es que no dejamos sitio para nada más.

Este “escriba interior” también nos paraliza porque nos volvemos intransigentes, no aceptamos que nos cuestione, tenemos muy claro cómo hay que actuar y nos envolvemos en el orden como un escudo protector, que impide el paso a cualquier novedad.

Por este escriba interior estamos paralizados porque no aceptamos lo inesperado y hemos “enjaulado” al Espíritu Santo. No logramos imaginar nada diferente a lo conocido, ni queremos a no ser que encaje en sus propios esquemas. Por eso, como los escribas, no aceptamos que “nos abran el techo” de nuestros principios y esquemas, porque eso nos “desordenaría”.

Para la reflexión:

- Los portadores de la camilla nos recuerdan a las personas que son mediadoras, que nos llevan a Dios. ¿Quiénes me han acercado a mí a Dios? ¿A quién he acercado hasta Dios?
- A menudo sólo gracias al esfuerzo de éstos que nos quieren bien podemos superar lo que nos deja anquilosados. ¿Quiénes me han ayudado a superar mis parálisis?
- Haríamos bien en recordar que sólo haciendo el esfuerzo de tragarnos nuestros orgullos, vergüenzas, etc., podremos de verdad obtener la ayuda necesaria para llegar al que de verdad puede sacarnos de nuestras parálisis. ¿He tenido esta experiencia? ¿Sé pedir ayuda a otros?
- También en nosotros mismos podemos encontrar a un “escriba”. ¿Descubro un “escriba” en mi interior? ¿Qué actitudes, esquemas, etc. delatan su presencia?

EL AMOR Y EL PERDÓN:

Jesús capta, en el esfuerzo de los portadores de la camilla, la fe que tienen en Él y, de pronto, sin que nadie le haya pedido nada, dice algo que resulta sorprendente ante un enfermo que viene buscando curación: **Hijo, tus pecados te son perdonados.** Una afirmación escandalosa para los escribas allí presentes: ¿Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?

Pero Jesús no entra en cuestiones teóricas sobre Dios. Él vive lleno de Dios, y ese Dios que es sólo Amor lo empuja a despertar la fe, perdonando el pecado y liberando la vida de las personas. La curación física fue signo de la sanación espiritual, pues para los judíos toda enfermedad tenía su causa en el pecado personal del enfermo o de sus padres.

Según esta mentalidad, al curar Jesús al paralítico le está también perdonando sus pecados, causantes del mal. Con su gesto, Jesús está diciendo al paralítico: “Dios te comprende, te ama y te perdona.” Jesús lo cura con el perdón para que pueda vivir y no permanezca paralizado por el pecado.

El mensaje de esta escena es que Jesús tiene poder de perdonar pecados. Como tal potestad está reservada a Dios, Jesús se revela como Dios. Por tanto, en esta escena encontramos una manifestación de la divinidad de Jesús.

El poder de perdonar pecados que tenía Jesús se continúa en su Iglesia, a quien Él se lo entregó después de su Resurrección: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados...” La Iglesia ha recibido de Jesús la tarea de reconciliar. La celebración de la reconciliación expresa nuestra necesidad de ser perdonados por Dios, de ser amados por Él.

Como su nombre indica, el Sacramento de la Reconciliación es el servicio eclesial de reconciliar a la persona pecadora con Dios. Es un verdadero encuentro con Dios, que supone un proceso de fe y conversión, por el que los cristianos nos reconocemos pecadores y queremos salir de nuestras parálisis y retomar las promesas de nuestro Bautismo.

En ese encuentro con el Señor que se da en el Sacramento de la Reconciliación, experimentamos que Dios no lleva cuenta de nuestros pecados. El amor perdonador de Dios está siempre ahí, penetrando todo nuestro ser por dentro y por fuera: incomprensible, insondable, infinito.

Esto no significa que nuestros pecados sean algo trivial y sin consecuencias en la construcción de nuestra vida y de nuestro futuro último. Al contrario, el pecado nos hace daño, pues nos encierra en nosotros mismos, nos paraliza y rompe nuestra vinculación con Dios, con el prójimo e incluso con la naturaleza. No es Dios el que se cierra a nosotros, somos nosotros los que nos cerramos a su amor.

Por eso el Papa Francisco nos dice en *“Evangelii Gaudium”* 3: ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia.

Por eso, no es Dios el que tiene que cambiar de actitud. Por su parte siempre hay perdón. Somos nosotros los que hemos de cambiar para abrirnos a Dios y dejarnos recrear de nuevo por su amor eternamente fiel. El perdón se nos está ofreciendo ya. Somos nosotros los que hemos de acogerlo con fe, gratitud y amor.

El Sacramento de la Reconciliación permite a cada persona experimentar de manera individual la misericordia de Dios, su amor que es más fuerte que nuestro pecado.

Para alcanzar misericordia en esta vida y en la eterna, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios es siempre fruto del «reencuentro» de este Padre, rico en misericordia. El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor, es una constante e inagotable fuente de conversión.

Este proceso de conversión no es sólo una transformación espiritual interior, sino que constituye todo un estilo de vida. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma, sin embargo en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado, prueba los frutos del amor misericordioso.

El Dios que se nos revela Jesucristo es un Dios misericordioso dispuesto a perdonar. Su fidelidad puede más que nuestras huidas de su lado. Una y otra vez nos muestra su amor. No se cansa de amar. La manera más clara que ha usado para decirnos cuánto nos ama ha sido a través de Jesucristo, su Hijo.

Él es el sí de Dios, es la respuesta de Dios a nuestra fragilidad, a nuestra sed de sentido, a nuestra falta de esperanza, a los días más grises e insoportables. Cristo cura, perdona, ama, libera, reconcilia. El Señor quiere hacer de nosotros personas nuevas. Su perdón es como un segundo nacimiento.

Para la reflexión:

- ¿Con qué frecuencia acudo al Sacramento de la Reconciliación? ¿Por qué?
- ¿El Sacramento de la Reconciliación supone para mí un encuentro con Dios-Amor?
- ¿Me siento verdaderamente liberado después de recibirlo, como un segundo nacimiento?
- Medito estas palabras del Papa Francisco: Cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. (EG 3)

ACTUAR: LEVÁNTATE...

No podemos considerar este encuentro del paralítico con Jesús sólo como algo del pasado, sin relación con nuestra realidad actual. Hoy siguen existiendo personas paralizadas, necesitadas de liberación. Por eso es necesario que la Palabra se haga carne en nuestra situación histórica y en nuestras vidas.

El camino que tenemos por delante no es fácil. Como hemos reflexionado, son muchas las parálisis que acosan nuestra vida. Y también son muchas las parálisis de nuestra sociedad. Hay impedimentos internos y externos, personales y sociales...

Por eso es necesario elevar al Cielo nuestra voz. Jesús sabrá decirnos como al paralítico: “**Levántate**”, para que también podamos levantar a otros. Las tres órdenes que da al paralítico lo dicen todo:

“Levántate”, es decir, ponte de pie, libérate de lo que paraliza tu vida.

“Coge tu camilla”, es decir, enfréntate al futuro con fe nueva, porque estás perdonado de tu pasado.

“Vete a tu casa”, es decir, no te encierres, no te paralices a ti mismo, sé testigo del poder del perdón de Dios.

No es posible seguir a Jesús viviendo como “paralíticos” que no saben cómo salir del inmovilismo, la inercia o la pasividad. Tal vez necesitamos como nunca reavivar en nuestras comunidades parroquiales la celebración del perdón que Dios nos ofrece en Jesús, porque ese perdón puede ponernos en pie para enfrentarnos al futuro con confianza y nueva esperanza.

La experiencia de este paralítico refleja cómo la fe en Cristo Jesús incide en toda la persona. Nada queda al margen de la salvación que Dios nos ofrece por medio de su Hijo. El perdón de Dios, recibido con fe en el corazón y celebrado con gozo junto a los demás, nos puede liberar de lo que nos paraliza interiormente. Con Jesús todo es posible. Nosotros podemos cambiar, nuestras comunidades pueden cambiar y cobrar nueva vida.

Para la reflexión:

- ¿Qué significan para mí las palabras de Jesús al paralítico: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa? Pongo ejemplos concretos de mi realidad personal, familiar, laboral, eclesial...
- Tal vez necesitamos como nunca reavivar en nuestras comunidades parroquiales la celebración del perdón que Dios nos ofrece en Jesús. El perdón de Dios, recibido con fe en el corazón y celebrado con gozo junto a los demás, nos puede liberar de lo que nos paraliza interiormente. Concreto un compromiso para profundizar en el valor y sentido del Sacramento de la Reconciliación y hago un buen examen de conciencia que me ayude en mi próxima confesión.

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

XII.- EL PARALÍTICO: SENTIRSE PERDONADO

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Qué hago para facilitar mi encuentro con el Señor? ¿Qué no estoy dispuesto a hacer?

JUZGAR – Mc 2, 1-12:

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico.

Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?».

Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decir al paralítico "tus pecados te son perdonados", o decir "levántate, coge la camilla y echa a andar"? Pues, para que comprendáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —dice al paralítico—: "Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa"».

Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: «Nunca hemos visto una cosa igual».

NUESTRAS PARÁLISIS:

- ¿Cuáles son mis parálisis espirituales? ¿Y las parálisis que no dejan caminar a nuestro mundo?
- ¿Creo que Dios nos ama cuando le agradamos y nos rechaza cuando le desagradamos? ¿Creo que sólo nos perdona si hacemos algo para merecerlo?
- Son bastantes los que viven descontentos de sí mismos, sin aceptarse ni, menos aún, amarse tal como son, y quedan paralizados pensando: “Nunca cambiaré, lo mío no tiene remedio”. ¿Pertenezco a este grupo? ¿Por qué?
- Sólo mirándome con piedad y misericordia, como me mira Dios, sólo acogiéndome como Él me acoge, podré encontrarme con Él y entonces mi vida podrá renovarse y cambiar. ¿Soy capaz de mirarme a mí mismo como Dios me mira? ¿Por qué?

LOS AMIGOS Y LOS ESCRIBAS:

- Los portadores de la camilla nos recuerdan a las personas que son mediadoras, que nos llevan a Dios. ¿Quiénes me han acercado a mí a Dios? ¿A quién he acercado hasta Dios?

- A menudo sólo gracias al esfuerzo de éstos que nos quieren bien podemos superar lo que nos deja anquilosados. ¿Quiénes me han ayudado a superar mis parálisis?
- Haríamos bien en recordar que sólo haciendo el esfuerzo de tragarnos nuestros orgullos, vergüenzas, etc., podremos de verdad obtener la ayuda necesaria para llegar al que de verdad puede sacarnos de nuestras parálisis. ¿He tenido esta experiencia? ¿Sé pedir ayuda a otros?
- También en nosotros mismos podemos encontrar a un escriba. ¿Descubro un “escriba” en mi interior? ¿Qué actitudes, esquemas, etc. delatan su presencia?

EL AMOR Y EL PERDÓN:

- ¿Con qué frecuencia acudo al Sacramento de la Reconciliación? ¿Por qué?
- ¿El Sacramento de la Reconciliación supone para mí un encuentro con Dios-Amor?
- ¿Me siento verdaderamente liberado después de recibirlo, como un segundo nacimiento?
- Medito estas palabras del Papa Francisco: Cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores ». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. (EG 3)

ACTUAR: LEVÁNTATE...

- ¿Qué significan para mí las palabras de Jesús al paralítico: **levántate, coge tu camilla y vete a tu casa?** Pongo ejemplos concretos de mi realidad personal, familiar, laboral, eclesial...
- Tal vez necesitamos como nunca reavivar en nuestras comunidades parroquiales la celebración del perdón que Dios nos ofrece en Jesús. El perdón de Dios, recibido con fe en el corazón y celebrado con gozo junto a los demás, nos puede liberar de lo que nos paraliza interiormente. Concreto un compromiso para profundizar en el valor y sentido del Sacramento de la Reconciliación y hago un buen examen de conciencia que me ayude en mi próxima confesión.

